

ESPAÑA Y AMÉRICA

PERIÓDICO ILUSTRADO

BELLAS ARTES — CIENCIAS — LITERATURA — SPORT — MODAS

Hño I

DIRECCIÓN:

Plaza del Biombo, núm. 2.
Teléfono 514.

Madrid, 14 de Febrero de 1892

ADMINISTRACIÓN:

Plaza del Biombo, núm. 2.
Apartado 146.

Núm. 7.

Este periódico se publica todos los domingos, y se regala á los suscriptores de obras, en grupos de á cuatro, de la Casa editorial de la Viuda de Rodríguez. Por números sueltos se vende en todas las librerías y Administración del mismo al precio de 50 céntimos de peseta.

SUMARIO

TEXTO: *Crónica*, por A. Sánchez Pérez.—*D. Angel de Saavedra, Duque de Rivas* (continuación), por Juan Valera.—*Crítica*, por Luis Bonafoux.—*El espadachín*, por Leopoldo García-Ramón.—*El cocherito de fante*, por L. B. Lafargue.—*Huelva marítima*, por P. Sañudo Antrán.—*Estrenos* por Carlos Liaz Valero.—*Afanes eternos*, por José Durán Orozco.—*El palacio de los fantasmas*, por M. Corral Caballé.—*Paseos por París*, por V. Arzubialde.—*Lo que hay en una gota de agua*, por el Dr. Torrecilla.—*Nuestras ilustraciones*, por Cicerone.—*Teatros*, por J. Juan Cadenas.—*Anuncios*.

FOTOTIPIAS: Cabeza de la figura de la Paz — Cristóbal Colón en el convento de la Rabida.—La Madre de Misericordia con su Divino Hijo.—Vista de Huelva con el muelle de embarque de la Compañía de las minas de Riotinto.

FOTOGRAFADOS: Juan Richepin.—Vista del Teatro Frances.—Mouret Sully.

CRÓNICA

«La sociedad toma á risa todo lo que llega al alma»

ha dicho un poeta; no discuto la exactitud de esa afirmación; pero no puede negarme nadie que en esta regla hay excepciones. En esas excepciones están incluidas las ocurrencias de estos últimos días, que no ha podido ni ha querido tomar á risa la sociedad.

Es cierto, si señor, muy cierto que la Asociación de Escritores y Artistas está preparando ya su consabido baile de máscaras en el teatro de la Opera; es también cierto que el *Círculo de Bellas Artes* se apercebe para celebrar otro baile, de máscaras también, y que pueda competir en animación y magnificencia con el de los Escritores; es verdad asimismo que, según anuncian nuestros más distinguidos y mejor enterados revisteros de salones, el Carnaval próximo será abundante en regocijadas fiestas y saraos alegres; no es menos verdad que las comparsas estudiantiles que han de *postular* por las calles de Madrid durante los cuatro días de Carnaval y aun en el Domingo de Piñata (especie de añadidura que de algún tiempo á esta parte hemos puesto al famoso entierro de la sardina), las recorren ya por la noche, en correcta formación, al compás de los *pasa-calles* que han ensayado para contentamiento del vecindario; pero nada de eso, ni aun las serenatas con que algunas de esas estudiantinas obsequian á las Redacciones de periódicos de gran circulación, consiguen desvanecer las nubes de malestar que obscurecen por todas partes el horizonte.

Los tristes sucesos de Jerez, sucesos que no puedo, ni debo juzgar en este sitio ni en esta ocasión; los acontecimientos de Barcelona, de los cuales han dado ya extensas y circunstanciadas noticias los periódicos diarios, llevaron, como no podían menos de llevar, á todos los espíritus impresiones de angustia, sentimiento de terrores y de zozobras. No parece sino que ahora, cuando los partidos políticos de orden nos habían prometido darnos tranquilidad, paz, calma y comienzo de duraderas prosperidades, principiámos á entrar en situación de horror y espanto casi apocalípticos.

Triste impresión han causado también, aunque los hechos tengan carácter menos general, las noticias del fallecimiento de *Antonio Orense* y de la gravísima enfermedad de *Emilio Arrieta*.

Antonio Orense, el hijo de aquel inolvidable D. José María Orense, Marqués de Albaida, primer Presidente de las primeras (y hasta hoy únicas) Cortes republicanas de España—porque las que proclamaron la República eran monárquicas,—fué, como su padre, republicano por convicción y demócrata por carácter y por inclinación; cuantos le conocieron le estimaron; los

que le trataron le quisieron de veras.... Descansa en paz.

De *Emilio Arrieta* ¿qué voy á decir? El eminente maestro, el inspirado autor de las óperas *Ildegonda* é *Isabel la Católica*, representadas primeramente en el teatro particular del Palacio, y algunos años después en el *Teatro Real*: el autor de *Marin*, cantada también por el gran Tamberlik en ese mismo teatro; el autor de *El Dominó Azul* y de *El Grumete* y de tantas otras joyas musicales, se encuentra, mientras emborrono estas cuartillas, en estado tan grave, que sus amigos y los médicos que le asisten con interés cariñoso temen un funesto desenlace. ¿Quién sabe si cuando estas líneas aparezcan en la publicación para la cual están escritas, se habrán realizado por desgracia esos temores! Muy de veras y muy de corazón celebraré que suceda al contrario, y que en la *Crónica* venidera tenga que dar á mis lectores la grata noticia de que el insigne maestro se halla completamente restablecido.

Si no á desvanecer por completo las nubes que por donde quiera están rodeándonos, á disminuir un tanto su negrura han venido el *estreno* parlamentario del Sr. Duque de la Roca y los comentarios que sobre ese *debut* se han hecho de palabra y por escrito en círculos y en periódicos de toda clase de opiniones.

No me parece necesario narrar lo sucedido, porque á estas horas la narración resultaría trasnochada: todos los periódicos lo han contado, y todos han juzgado, según su respectivo criterio, el conciso y sencillísimo discurso (si discurso puede llamarse) del Senador por derecho propio, Grande de España, etc.

Un Diputado, el Sr. Muro, reprodujo en el Congreso la pregunta del Duque, y también causó ruidoso incidente la curiosidad del Diputado; pero ese ruido no trascendió al exterior, como el producido por el Sr. Duque; es muy natural; D. José Muro es, al fin y al cabo, republicano, y hasta fué Ministro de la República; y en boca de los republicanos ¿cómo han de sorprender ni alarmar ciertas preguntas? En labios de aristócratas y magnates cercanos al trono, frequentadores de Palacio, es cosa distinta, y el asombro ha sido grande y la *resonancia española*.

Los republicanos han celebrado, como de costumbre, el aniversario del 11 de Febrero; pero en las fiestas y solemnidades á este suceso dedicadas ha dominado la nota triste.

Las circunstancias y los sucesos no dan de sí otra cosa.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

DON ÁNGEL DE SAAVEDRA

DUQUE DE RIVAS

(Continuación.)

A este vejamen se prestó en España sobrada fe, y se pusieron contritos, y allá en el fondo del alma renegaron algo de lo pasado; muchos de los que eran ó querían ser doctos y avisados, ó presumían de serlo; pero, á pesar de todo, es, en mi sentir, errónea la idea de que imitamos siempre á Francia en el siglo XVIII, y de que nuestra literatura no llegó á grande alteza, y no volvió á tener originalidad castiza hasta que vino el romanticismo.

Concretándonos sólo á la poesía, ya que aquí voy á tratar de un poeta, se podrá decir que aceptamos las reglas de Boileau y de Batteaux, que al cabo son las de Aristóteles y Horacio, algo echadas á perder; pero ¿dónde está la imitación de la poesía francesa en nuestra poesía de entonces,

sobre todo en la épica y en la lírica? ¿Cuáles son los modelos que imitamos? No hay ni rastro de imitación. Si hicieron fábulas Samaniego é Iriarte acaso porque LaFontaine las había hecho, nada deben á LaFontaine y no son inferiores á él, aunque nosotros no les demos el encomio merecido que dan los franceses á su fabulista. ¿Qué huella hay de nada francés en las quintillas célebres, en la oda á Pedro Romero, y en las *naves de Cortés*, de D. Nicolás Moratin? ¿Dónde está la imitación francesa en las epístolas, en los hermosos versos libres, en la admirable perfección de la dición poética del otro Moratin, D. Leandro, el más afrancesado de nuestros poetas? Tal vez el prurito de imitación fué perjudicial cuando le hubo. Cienfuegos hubiera sido excelente poeta, sin la empalagosa y malsana *sensiblería* de que le inficionó Rousseau.

Franceses hay que, en este punto, y hasta donde de la vanidad nacional y el somero conocimiento de nuestras cosas se lo permiten, nos hacen justicia, al conceder valor original á nuestra poesía de fines del siglo pasado y de principios del presente. Carlos de Mazade dice: «Mientras que una completa decadencia literaria había señalado los comienzos del siglo XVIII, el talento lírico de Melendez adornó con nuevo brillo sus últimos años. Si el autor de la oda á las artes es francés aun por el fondo, halla á veces las riquezas de la antigua forma española. El mismo carácter aparece en poetas que vienen después de él, y que marcan, no sólo la transición de un siglo á otro, sino el paso de la imitación francesa á la originalidad moderna, en aquella escuela que se compone de Quintana, Gallego, Arjona y Lista.»

En lo que no tiene razón Mazade es en sostener que los poetas que cita «no se han elevado por cima de las condiciones medianas del arte, de la medida, de la corrección y de la elegancia.»

Aun prescindiendo de Lista, Arjona y Arriaza; aun prescindiendo de Jovellanos, cuyas sátiras, si coinciden por el asunto con el *Giorno* de Parini, que tal vez no conocía, se apartan de él, y en vez de aquella ironía elegante, atildada y calmada, siguen el vuelo, el rapto y la enérgica condición de Juvenal; aun no contando sino con Quintana, el primero de nuestros líricos, si no hubiéramos tenido á Fray Luis de León, bien podemos afirmar que la lírica española de fines del siglo pasado sube muy por cima de lo mediano á que Mazade quiere reducirla.

Nada semejante ó equivalente á Quintana habían tenido hasta entonces los franceses, salvo Andrés Chénier, á quien Quintana no pudo imitar, ni conocer siquiera, pues sus versos ni se publicaron ni se hicieron famosos hasta pasados muchos años.

Mazade, que ha escrito un estudio apreciable sobre el Duque de Rivas, quiere realzarle, haciéndole aparecer en este medio de poetas correctos y de corto valer, cuyas huellas sigue, sin pasar de lo mediocre, como los otros tampoco pasan, hasta que vuelve el Duque de la emigración, en 1834, y es principal autor de un renacimiento literario más profundo y más rico, que se realiza al mismo tiempo que la revolución política.

No sé si mi modo de considerar los sucesos da ó quita valer al Duque; lo que sé es que la revolución política, así como el renacimiento literario, no son dos, sino uno solo y una sola, que se prolongan en medio de luchas y aun de comprensiones forzadas, como la ocasiónada en 1823 por los cien mil hijos de San Luis, con júbilo de la plebe, todavía apasionada del régimen antiguo y enemiga de novedades.

El Duque de Rivas, pues, desde su primera mocedad, se halla en una época, no ya de renacimiento, sino de florecimiento literario y poético, todo lo español y todo lo original y castizo que era posible entonces: época, en mi sentir, de una poesía no menos castiza y original que la que trajo la escuela romántica treinta ó cuarenta años más tarde.

El que no subiese el Duque de Rivas á la cumbre de su gloria y el que no nos presentase las más fecundas y altas muestras de su ingenio hasta la emigración ó hasta después de la emigración, más que á otras causas, debe atribuirse á que todo ser, desde la planta hasta el entendimiento humano, da su más sazonado fruto cuando llega á su plenitud. Las otras causas son secundarias, sin que dejemos de tenerlas en cuenta. El roman-

ticismo era más conforme á la índole del ingenio del Duque, y naturalmente este ingenio floreció mejor con el romanticismo. Durante la niñez y la primera mocedad del Duque hubo una gran poesía lírica; pero así por la inocencia, como porque la vena del Duque era más épica que lírica, el Duque, no Duque aún, sino Angel de Saavedra, hermano menor del Duque, hace papel secundario y no figura entre los más egregios poetas.

Nació D. Angel en Córdoba, el segundo de su casa, en Marzo de 1791; y, aunque tuvo por ayos y primeros preceptores á dos emigrados franceses, más se puede conjeturar que estudió nuestros clásicos que los de la República vecina; y más contribuyó acaso á despertar su gusto á la poesía el ejemplo de su padre y del mayordomo de su padre, que hacían versos con gracia y facilidad en el estilo de Quevedo y de Gerardo Lobo, que las reglas académicas que le enseñaban sus forasteros preceptores.

En 1802 quedó D. Angel huérfano de padre, y su madre, tutora y curadora, le hizo entrar en el Seminario de Nobles de Madrid, á continuar su educación. Se hallaba entonces aquel establecimiento de enseñanza en el estado más brillante y no desmerecía de los mejores de Europa.

La buena reputación de sus profesores era grande y fundada. El famoso humanista D. Manuel Valbuena era regente de estudios; Sojo enseñaba matemáticas; D. Demetrio Ortiz, retórica y poética; y D. Isidoro de Antillón, historia y geografía.

Nuestro poeta no hubo de dar ejemplo de aplicación; pero su excelente memoria, la vivacidad de su ingenio y la facilidad de su comprensión, suplían dicha falta; y ya en aquel tiempo hacía versos de mérito, imitando á Herrera y á otros poetas españoles.

Apenas entrado en la juventud, antes de cumplir los diez y seis años, salió D. Angel del Seminario para incorporarse á su regimiento, que estaba de guarnición en Zamora, y que debía ir á combatir por Napoleón Bonaparte, entonces nuestro aliado, mas allá del Rhin, en Alemania ó en Dinamarca. «Pero, como dice Pastor Díaz, su biógrafo, la duquesa viuda, apesadumbrada de que su hijo se separase de ella en tan tierna edad, para ir á guerrear en aquellas lejanas tierras por una causa que no era la de su patria, y deseosa de que adelantase en su carrera sin exponerle á tantas fatigas, consiguió que pasase á prestar sus servicios al cuerpo de Guardias de la Real Persona, dejando su empleo de Capitán efectivo por el de alférez sin despacho, como simple guardia.»

Desde entonces empieza la vida activa y pública de D. Angel, interviniendo en los grandes acontecimientos, guerras, revoluciones y trastornos que tuvieron lugar, y por donde no hemos de seguirle, ya que nos remitimos á Pastor Díaz, á quien tendríamos que copiar ó extractar, si lo contrario hiciéramos. La escasa amplitud que esta Revista concede, me obliga asimismo á ser conciso, á no escribir de nuevo la vida de D. Angel de Saavedra, y á limitarme á hacer de él un retrato literario ó una semblanza, lo más fiel y mejor que yo sepa y pueda.

Sólo hablaré de los casos de su vida, en aquello que aclare ó ilustre sus obras de poeta, sirviéndoles de comentario.

Pasemos, pues, rápidamente por la gloriosa campaña que hizo D. Angel, casi siempre bajo las órdenes de su hermano mayor el Duque, peleando contra los franceses, en Sepúlveda, en Logroño, en Tarazona, en Talavera, y en otros muchos reñidos encuentros y batallas, hasta que en Antígola, la víspera de la terrible rota de Ocaña, recibió once heridas, combatiendo con extraordinario valor.

La fuga con el poeta herido, para no caer en manos de los victoriosos franceses, tiene todo el interés de la más romántica novela.

Dejemos también sin referir todos los lances y aventuras del convaleciente, hasta que en 1811 vino á refugiarse en Cádiz sitiada.

Allí renace su vida literaria, excitado él por el ejemplo, la emulación y la amistad del Conde de Noraña, de D. Juan Nicasio Gallego, de Arriaza, de Martínez de la Rosa y del gran Quintana.

Y ciertamente, aunque sea insistir en mi primera afirmación, nada podía ser más español y menos francés que los pensamientos y sentimientos que presidían á toda obra literaria de entonces, en aquel baluarte y cuna de nuestras libertades, las que, hasta en lo que tenían de moderno y de común al espíritu general del siglo y del resto de Europa, se fantaseaba que provienen de antiguos fueros y de venerandas é indígenas franquicias, que la nación, señora de sus destinos, aunque encerrada en tan estrecho refugio, sacaba del olvido, proclamándolas y renovándolas á par que defendía su independencia.

JUAN VALERA.

(Continuará.)

CRÍTICA

Las Historietas de Angel Pons.

La primera vez que le ví me figuré que era un orangután que paseaba tranquilamente por

la calle, porque la cara de Pons es de mono afilgado; esto es, de mono á quien ha pasado una desgracia muy grande; la desgracia quizá de nacer y vivir...

Pons no es ciertamente un caso de felicidad, sino un caso de infortunio inmerecido, á pesar del cual no debe nada á nadie... no sé si al sastre...; tal vez á la patrona... Lo que aseguro terminantemente es que nadie puso los hombros para que subiera Pons la penosa cuesta del arte. Con los huesos muy duros, como decía de sí mismo el Sandoz de *L'Œuvre*, Pons, aunque no tan viejo como Sandoz, ha luchado y vencido. Eso es, en pocas líneas, el panegirico del autor de *Historietas*.

Hace ya algunos años que llegó á Madrid en situación... que no diré, porque podría pecar de indiscreto. *Fernanflor* le inició en la vida artística. Con ingenio para escribir, y con ingenio para pintar, dotado de excepcionales condiciones para hacer á pluma y á pelo, Pons se sentía inclinado al periodismo; es decir, se sentía inclinado al viaducto... Consultó «el caso» con el autor de *Cuentos rápidos*. Le enseñó detenidamente, á guisa de viajante que desdobra un muestrario, una colección de artículos y una colección de dibujos...; y *Fernanflor*, que tiene, entre otros méritos sobresalientes, buena vista y probada mundología, le aconsejó sin vacilar que se dedicara al dibujo y con especialidad al género caricaturesco.

Fernanflor fué, pues, artísticamente, padrino de Pons en la iglesia de los monos. Fijándose en la cara del catecúmeno, ¿querria Fernández Flórez hacer una sátira?... ¿Encontraría acaso cierta conjunción entre la fisonomía del apadrinado y sus monos del porvenir?... No lo sé; pero es probado que el consejo estuvo en su punto, y que Pons lo aprovechó inteligentemente; tanto, que hoy figura con justicia entre los mejores dibujantes y caricaturistas de Madrid; y como dibujante, ilustrando obras que edita Lasanta con verdadero primor, me resulta más que como caricaturista en el periódico y en las mismas *Historietas*.

¿Hay caricatura en España?... De otro modo: ¿se presta España á la caricatura? Más, mucho más que cualquier otra nación de Europa. Vivimos... en caricatura. Usos y costumbres, letras y artes, ciencias, el modo de vestir, hasta el modo de andar, todo, absolutamente todo, es triste remedo, parodia ridícula. Vamos perdiendo en absoluto el carácter nacional, típico. Adoro en Andalucía—á pesar de la gracia andaluza—por que es una provincia genuinamente española, sin desperdicio, Cádiz, Sevilla, Málaga, Granada y Córdoba, sobre todo Córdoba y Granada; aquello es árabe, ó sea español neto, sin mezcla alguna de extranjerismo; los monumentos, las calles, la *manera*, en fin, de cada población; y luego los toldos en las casitas blancas, y los clavetes encarnados en el pecho y en la cabeza de la mujer morena ó rubia, de ojos grandes, luminosos y tristes, que cubren de melancolla el alma de quien los mira...

Pero en Madrid, que es en resumen una copia (muy mala) de París, podría y debería ensañarse el lápiz del caricaturista, regocijando á veces con el ridículo, despreciando otras con la burla, siempre original en la risa y en la mueca.

No sucede así, sin embargo, y el dibujante español suele ser también remedo del dibujante francés. Para tener asuntos, motivos, va á París, es decir, no va á ninguna parte, estudia el mono parisién y... se inspira. ¡Cosa fácil y triste! ¿No basta con plagiar dramas, novelas, comedias, géneros de *sport*, géneros... de vestir, etcétera? ¿No son suficientes los *vertidos* del francés? ¿No es ridículo atribuir á Cánovas, que es un monstruo de talento y de ingenio, una hermosa frase, á propósito del amor propio de Castelar, que dijo Julio Claretie en la novela *El Renegado* sin referirse á Castelar y sin acordarse siquiera del santo de su nombre? Pues de eso vivimos; como grajos.

Los países serios, como Inglaterra y Alemania, son por excelencia, y por ley del contraste, los más caricaturistas. Ya puede decir Pons que no es un Oberländer ni un Busch; no los hay en España. El *humor* del lápiz corre parejas con el *humor* de la pluma...

Pons, aunque original, se resiente de la *costumbre* de imitar; costumbre que no es suya, sino del país donde vive y trabaja. ¿Falta cerebro ó sobra holgazanería? Creo que nos pasamos de *Adanes*. Lo difícil es pensar por cuenta propia, idear algo que sea nuevo; y debe ser tan cómodo para el artista que le den hecho el trabajo! Los *Fagerolles* abundan tanto como escasean los *Cludios*...

Sí, Pons también imita á veces. Su *Robo en despoblado*, por ejemplo, es realmente un robo, aunque con circunstancias atenuantes, no eximentes, porque ya dijo Hugo que el plagio merece bien cuando mata lo plagiado, y el paisaje caricaturesco de Pons no hace olvidar que el asunto está visto en caricatura y también en cuadrillos franceses.

Pons no tiene necesidad de *inspirarse* en París. Su ingenio es grande; asombrosa la fecundidad de su lápiz; inagotable el chiste de su propia inspiración; cualidades todas que se desta-

can enérgicamente en algunos trabajos del libro *Historietas*.

... y ya ve Pons, á quien yo aprecio con toda sinceridad, porque después de tratado no tiene nada de orangután y tiene mucho de persona decente y distinguida, que no hay motivo para llamarme, en la dedicatoria de su chispeante libro, *castigo que nos han enviado vuestras Antillas para que purguemos vuestras culpas*.

¡Si yo, por más que digan, soy todo corazón!...

LUIS BONAFoux

EL ESPADACHÍN

De la «Canción de la sangre», de Juan Richepin.

Yo soy un sastre especial;
corto y no coso botones,
siendo mi método usual
trabajar en los jubones
para abrirles un ojal.

Y es tal mi galantería,
que cuando está el ojal hecho,
en prenda de bizarría
le pongo á *Su Señoría*
un clavel rojo en el pecho.

Mi mano en balde no amaga,
mi estocada es recta y fija,
y, ya sea de estoque ó daga,
es tan angosta la llaga
que parece una sortija.

En resumen: es en vano
buscar un esgrimidor,
gascón ó napolitano,
que talle en el cuerpo humano
con más limpieza y primor.

Venid, pues, todos á mí,
que nadie me sobrepuja;
mi tienda la véis allí
con este letrero: *Aquí*
se muere por buena aguja.

LEOPOLDO GARCÍA-RAMÓN.

EL COCHERO DE PUNTO

No hace muchos años me invitaron á la distribución de premios de un colegio de París.

Fué después de almorzar, y, como ya era un poco tarde, llamé al primer cochero que hallé al paso, un viejo de cabellos canos, que guiaba un caballo tísico enganchado á un coche casi deshecho y sin pintar; sin duda porque habrían tenido en cuenta que el color no influye en la velocidad.

Al llegar al colegio el vehículo se detuvo, me bajé, y, no sabiendo si tendría valor bastante para presenciar el solemne acto de la distribución de premios hasta el final, le dije al cochero á la vez que le pagaba la carrera:

—¿Estará Ud. por aquí dentro de una hora?

—Sí, mi amo.

—¿Puedo contar con el coche, entonces?

—No, mi amo.

—¿Pues, cómo?

—Velay; estoy ya alquilado.

En este instante sentí que me tocaban en el hombro, y volví la cabeza; era mi amigo Metinier.

—¿Usted por estos sitios! me dijo; ¿cuánto me alegro de haberle encontrado!

Entramos en un patio, y como las puertas de las cátedras no se habían abierto aún, nos pusimos á pasear.

—¿Ha venido Ud. con Plateau? me preguntó mi amigo, no sabiendo quizá cómo empezar la conversación.

—¿Quién es Plateau?

—El cochero que le ha traído á Ud. al colegio.

—No le conozco; le he tomado al azar cuando salí de casa. ¿Por qué me pregunta Ud. eso? ¿acaso hay algo de particular? ¿tiene Ud. conocimiento con ese buen hombre?

—Sí; hace tiempo que le trato.... es mi inquilino.... y á pesar de su aire tosco, Plateau es el mejor de los hombres.

Y después de una pausa, agregó:

—Algunas veces se emborracha.... pero son pocas; tiene cuatro hijas, muy lindas por cierto, y tres muchachos; el más pequeño de los chicos está aquí, en este mismo colegio.

—¿En este colegio? ¿y en calidad de qué?

—En calidad de alumno; le extraña á Ud., ¿no es verdad?

—Y no sin motivo; el hijo de un cochero en esta jaula de ricachos y nobles, es cosa bien sorprendente.

—Después de todo, el hecho no tiene nada de extraordinario; verá Ud. Cuando Plateau tuvo este último hijo, hará unos quince años, el infeliz no sabía dónde meter la cabeza; una boca más que mantener, con seis hijos que ya tenía, era una carga muy superior á sus fuerzas; y para colmo de desdichas, su mujer murió del parto.

«El pobre Plateau estaba tan trastornado, que hasta se le olvidaba el nombre de las calles.

«Afortunadamente dos vecinos del barrio, los esposos Turquois, honrados rentistas sin sucesión, vinieron en ayuda de aquél y se encargaron generosamente del recién nacido.

«Estos señores quieren con delirio al muchacho y le educan con arreglo á su posición, que no puede ser más excelente.

«En la actualidad tratan de adoptarlo y hacer de él un doctor en Derecho ó Medicina; y la verdad, lo que es el chico se lo merece todo, porque es muy bueno, inteligente y laborioso.

—«Pero, ¿y el padre? pregunté.

—«¡Ah! ¡el padre!... para el padre, este hijo es toda su alegría, todo su orgullo; y, ¡cosa extraña! voy á revelarle á Ud. un sentimiento de un nuevo género y de una delicadeza incomprendible; ese padre, por evitar á su hijo la más pequeña herida de amor propio, sobre todo delante de sus camaradas de colegio, ha tomado el partido de esconderse.

«No le mira más que á hurtadillas, no le habla en público nunca y no tolera que se le diga palabra alguna acerca de este asunto.

«Si como ocurre en muchas ocasiones, le lleva al teatro con sus futuros padres adoptivos, se conduce con ellos como un cochero cualquiera que jamás les hubiese visto; y si el niño, distraído, le dirige alguna palabra cariñosa, al punto le llama al orden; pero luego, algunos pasos más allá, se detiene, vuélvese en el asiento del pescante y con los ojos fijos le contempla extasiado hasta que le pierde de vista.

«Como ve Ud., el tío Plateau es un gran tipo. «Pero lo más curioso y original del caso es que el hijo tiene un gran corazón, y adora á su padre, á quien por otra parte los hechos le han dado la razón, pues el chico es muy aplicado, tiene talento y todos los años se lleva los premios de las clases.»

Una banda de música interrumpió nuestra conversación.

La gente se agolpó en masa, y no sin trabajo pudo desfilarse la comitiva, compuesta de hombres vestidos con togas y birretes.

El público se precipitó en la sala; yo me así del brazo de Metinier y, dando codazos, llegamos hasta ocupar un sitio no muy distante de la tribuna.

No detallaré el espectáculo; ¿quién no lo ha presenciado una vez en su vida?

Empezó por un interminable discurso, que por mi parte amenicé poniéndome á contemplar todas las caras de las muchachas bonitas que había en el salón.

Al fin, terminó el discurso, y la charanga ejecutó un aire popular.

Después, un hombrecillo seco y calvo, con gafas de oro, avanzó hasta la mitad del estrado llevando un libro en la diestra.

Desde este instante empezó una lista de nombres pronunciados en voz alta y sonora; los escolares fueron subiendo uno por uno al anfiteatro, del que regresaban á sus puestos, llevando coronas y libros con broches de oro.

Lo que primero oí fué lo siguiente:

—Premio de honor: Plateau.

Este nombre hizo fijar mi atención.

—«¿Eh? ¿tenía ó no tenía yo razón? me dijo Metinier dándome un codazo.

En aquel punto apareció sobre el estrado un joven estudiante de trece á catorce años de edad, de rostro inteligente y fino, aire modesto, y que desde mi primera mirada me inspiró un verdadero interés y gran simpatía.

Cogió los libros con una mano, con la otra una corona y se quedó un instante cortado al oír á la charanga que celebraba su triunfo, y la salva de aplausos que resonaron en toda la sala.

Volvió á su asiento; el hombre calvo continuó leyendo:

—Premio de Historia: Plateau.

Subió otra vez el niño, recogió otra corona y un grueso volumen, en tanto que un señor de cabellos blancos y una señora anciana también se adelantaron á estrecharle entre sus brazos.

—Mire Ud., me dijo Metinier, esos son sus padres adoptivos.

Y con singular placer ví á aquellos dos honrados corazones que, al presenciar los triunfos del adolescente, lloraban de alegría.

—«Pero, y el otro? pensaba yo; el padre, ¿dónde está en este momento?

Y en vano recorrí el salón con la vista.

Premio y accésit, todo fué para Plateau; luego siguieron otros colegiales; mas todo aquello me era ya indiferente.

Empecé á aburrirme y dije á Metinier:

—«¿Usted se queda?

—«Sí; porque he venido á recoger á un sobrino.

Sali á la calle y marché á lo largo de una hilera de carruajes particulares y de alquiler; de pronto ví á mi cochero Plateau con su horrible vehículo y su caballo físico, que me parecieron más miserables que en un principio.

El buen hombre tenía la espalda encorvada, la cabeza baja como en actitud pensativa.

Me asaltó una idea.

Me había dicho que estaba alquilado.

«¿Esperaría á su hijo?...

Picado por la curiosidad acorté el paso, y

viendo abierta una cancela de hierro, entré y me situé convenientemente con objeto de observar lo que pasara, sin ser visto de nadie.

Plateau seguía tranquilo y amodorrado en su pescante.

Esperaba yo, pues, oculto, cuando los ecos de la música, hasta allí confusos y vagos, vibraron claros y sonoros.

A las primeras notas de los instrumentos, el viejo cochero se incorporó bruscamente y clavó sus ojos en la puerta de entrada del colegio; de pronto le ví palidecer y temblar con sacudida nerviosa.

Se puso en pie sobre su asiento con movimiento febril, se pasó la mano por la barba, saltó de un brinco al suelo y oí su fuerte respiración asmática.

No había duda; su hijo llegaba.

En efecto, oí el ruido de pasos, de esos pasos rápidos de los niños.

El cochero abrió bruscamente la portezuela, al propio tiempo que apareció el joven colegial á quien ya conocía.

Sus manos ventan llenas de libros y coronas; llegó casi sin alientos y embriagado por el triunfo; en su alegre sencillez dijo en voz alta al cochero:

—«¡Papá! ¡papá!... me han dado cuatro premios.

—«¡Callate, desgraciado! dijo el padre en voz baja; ¡callate!

Y con ojos extraviados miró á su alrededor.

Por fortuna no ví á nadie.

Entonces se acercó al niño, y con su gruesa mano temblorosa tomó las coronas y los libros, y, uno á uno, los fué colocando en el interior del coche con religioso cuidado.

En más de una ocasión me pareció verle llevar á sus labios aquellos queridos objetos.

El niño, silencioso, le dejaba hacer; pero también parecía muy emocionado.

Cuando hubo concluido, el pobre hombre bajó los cristales de las portezuelas, é hizo señas al pequeño para que subiera á su asiento, como así lo hizo inconscientemente, poniéndose á mirar á cuantos por allí pasaban.

De repente el cochero se inclinó hacia la ventanilla, y exclamó:

—«Eugenio, ¿cuántos premios me has dicho que te han dado?

—«Cuatro, papá; el premio de honor, el premio de Historia, el premio....

Pero el otro ya no le escuchaba.

—«¡Cuatro! murmuraba; ¡cuatro! ¡Es posible! ¡Dios mío, qué hermoso es esto! ¡qué hermoso!

El viejo plebeyo se puso en pie sobre su asiento, y, con arrogancia, dirigió una mirada de desdén hacia la larga fila de carruajes blasonados donde tomaban asiento estudiantes nobles y millonarios, que iban con las manos vacías.

Y volviéndose á sentar, continuó hablando consigo mismo:

—«Bien, hijo mío, muy bien.... muy bien.

En este momento abandoné mi observatorio y me acerqué al coche de punto; el viejo cochero, viendo cerca de sí una persona extraña, recobró su habitual semblante, empuñó las riendas, se inclinó hacia su joven cliente y con voz indolente dijo:

—«Sí, mi amo; he comprendido.

Sacudió el látigo, la horrible máquina se puso en movimiento, y la ví dirigirse á la puerta del colegio, donde se detuvo para que montara una pareja de ancianos, á quienes reconocí en seguida.

Indiferente, adormecido, el cochero esperó pacientemente á que se cerrara la portezuela, hasta que al fin volvió á arrear al caballo y desapareció á lo lejos entre la multitud de carruajes que inundaban el camino.

L. B. LAFARGUE.

HUELVA MARÍTIMA

La importancia marítima de Huelva, que alcanzó su apogeo en el siglo xv, se venía ya iniciando desde tiempos remotos.

Frecuentaban el puerto de continuo marinos de todos los países más conocidos, buques de varios portes, y de lejanas tierras llegaban productos de múltiples y especiales clases.

Y no era sólo del puerto de Huelva del que se hablaba. Mencionan ya los cronistas é historiadores algo del movimiento mercantil y marítimo de Palos, cuyos naturales, con los de Huelva muchas veces unidos, se dedicaban á la pesca con bastante provecho.

Registró Huelva en su puerto en el año de 1390, 113 barcos de pesquería, muchos de ellos *luengas*, llamados *vijeros*, *saelias* (1) y *fragatas*, y 11 navíos.

Todas las glorias de Huelva y las de las costas que se extienden desde el Guadalquivir al Guadiana, son marinas; marinos los hijos esclavizados de toda aquella parte, que por real merced fuera en aquellos tiempos de su mayor pre-

ponderancia y cuando realizaban los Reyes Católicos los grandes hechos que por siempre perpetuarán su memoria, señorío del Duque de Medinasidonia.

Y tan grande fué su prestigio, y tan alto supo poner su nombre y que apreciaran su poderío el Duque, que cuando Cristóbal Colón desesperó de que acogieran su gran proyecto los soberanos que más tarde le prestaron su ayuda, pensó en pedirle protección y presentarle los planos al ilustre noble que llevaba el glorioso título que recuerda una memorable jornada.

De todos modos, el navegante genovés quiso salir de un puerto de aquel señorío para dirigirse al Oceano á merced de las olas que empujaban lamiendo las costas de la provincia de Huelva, y se confundían luego con las que habían, por una sucesión de corrientes y aguas, de azotar las naves que, salidas de Palos, llegaron á las tierras de un Nuevo Mundo, grandes como el espíritu de Colón, ricas como la inteligencia del insigne marino, como la fe del Almirante ardoroso, como el hermoso sol de Andalucía que brillantaba en Granada los lauros de Isabel la Católica, bañadas por un astro esplendente durante las horas del día, y por uno clarísimo en azulado y limpio firmamento en las de la noche.

Del señorío de Medinasidonia quiso Colón que fueran los principales tripulantes de sus carabelas, y en el puerto de Huelva nació aquel esclarecido marino que recuerda la historia patria con orgullo; que secundó con su propia fortuna y valimiento los planes del genio marino del siglo xv, y con su nave le acompañó completando la flota de las Indias Occidentales.

Sería prolijo enumerar los nombres de los marinos nacidos en el terreno que hoy comprende la provincia de Huelva, y que fueron á la victoria en Gibraltar, al mando del Alcaide Martín Suárez de Toledo, en el año de 1462, y capitaneados en Larache por Andrés de Vega Garrocho, por acertada orden de D. Alvaro de Bazán.

Erigió el templo de Santa Clara de Moguer, á donde antes que Colón había orado ya el Almirante Mayor de Castilla Egidio Bocanegra, otro famoso marino, Almirante también, Alonso Jofre Tenorio.

¿Y qué más? El poema de la fe religiosa, las tradiciones de nuestra santa religión católica, siempre unidas á las más celebradas victorias de la historia de España, la cruz que coronaba los estandartes de Castilla, la Virgen cuya protección se invocaba en las grandes batallas, toda la pasión religiosa que informó los actos, las costumbres, la vida de nuestra patria desde el comienzo de sus anales, llevó también á las crónicas del puerto de Palos el recuerdo de un ilustre marino.

A principios del siglo iii llegó allí un capitán de marina, Constantino Daniel, que habitaba en Jerusalén, y por mediación suya entregaba para la iglesia San Macario una imagen labrada por San Lucas, y que en aquel tiempo se veneraba en el monte Sion, diciéndose al propio tiempo que era voluntad se llamase, la Virgen, de Santa María de la Rábida.

En atención á los méritos de los marinos de Huelva, y las empresas felizmente realizadas por ellos, Felipe IV declaraba en 1658 libre y exenta de leva á dicha ciudad, y tres años después, asimismo, lo fué de alojamientos y tránsito de gente de guerra, merecimientos que recuerda el glorioso escudo de Onuba en aquellas palabras: *Portus maris et terra custodia.*

De los astilleros de Huelva salió con efecto la galeota (1) de ese nombre, mandada construir por el Duque de Medinasidonia, y que fué el terror de aquellos piratas del Estrecho de Gibraltar que amenazaban las vidas, haciendas y tierras de nuestras costas.

Mandó la nave José de Vega Garrocho, y la iglesia de San Francisco se hallaba llena de las banderas africanas apresadas en lid sangrienta á los piratas.

Perpetuó sus glorias marinas una vez más el puerto de Huelva, en la galera de su nombre, uniendo sus glorias antiguas al suyo.

Pueblos marinos de la antigüedad más remota dejaron su ciencia (los fenicios y los cartagineses) y sus monumentos (los romanos, los visigodos, los musulmanes y los muzárabes) que el terremoto de 1755 convirtió en escombros, conservándose únicamente algunos restos de la antigua Onuba, muchos de cuyos hijos, asiduos navegantes de la Guinea, salían del puerto de Palos el 3 de Agosto de 1492, y regresaban á mediados de Marzo del año siguiente con Cristóbal Colón, después de asistir al majestuoso espectáculo del descubrimiento de un Nuevo Mundo.

Entre los marinos de Huelva, figura uno de los más renombrados entonces; emprendedor, activo, arrojado, de mucho saber en los mares, de mucho aliento en las empresas marinas, templada en las borrascas su alma, comerciante y piloto, patricio y caballero. Se llamó Alonso Sánchez, y fué conocido por el de Huelva.

Una tempestad de las que afrontaba, una tor-

(1) Embarcación latina de tres palos y una cubierta, menor que el jabeque y mayor que la galeota.

(2) Buque más pequeño que la galera, semejante á ésta, y que se usó desde la más remota antigüedad hasta mediados del siglo xviii.



FOTOG. J. LAURENT Y C.ª

CABEZA DE LA FIGURA DE LA PAZ

(Del proyecto de frontón para la nueva Biblioteca Nacional, por A. Querol.)

menta con las que de continuo luchaba, lo arrojó en 1484 á una isla al Oeste, la de Santo Domingo, ó la Española llamada después. Escapado por fin del naufragio, llegó con cinco de sus compañeros á las islas Canarias si se atiende al decir de unos, á la capital de las islas Azores, á Madera, si se atiende el de otros; pero es cosa fuera de duda que se vió con Colón, y hasta según parece que hubo de merecerle el hospedaje de su propia casa, relatándole al navegante genovés el descubrimiento que de aquella tierra del Occidente había hecho.

Así lo han dicho el Inca Garcilaso, que lo oyó relatar á los suyos; el Padre Alderete, Rodrigo Caro, Marmentel, Climent, Mora, y de ello se hace eco Rodrigo Amador de los Ríos, y fué creencia general en Andalucía y entre las personas más ilustradas é imparciales, allá en el siglo xvi.

Se asegura que Alonso Sánchez, sin que afirmemos ni neguemos nosotros, pasó ya el resto de su vida, desde su vuelta de Occidente á donde perdió la pequeña embarcación de su propiedad, y en la que hacia el comercio con las islas Canarias, al lado de quien fué luego Almirante del Océano, y que hubo de aprovecharse éste de las noticias y los papeles que le diera al morir el de Huelva.

Lo que sí está probado, es que Bartolomé y Cristóbal Colón consultaron á varios de los marinos de su tiempo, y que se contó entre ellos Alonso Sánchez.

Bajo este punto de vista solo, aunque otro no haya sido, dada la simpatía y el aprecio á sus conocimientos y méritos con que Cristóbal Colón le distinguió hasta su muerte, merece un recuerdo especial en esta época en que se aproximan las fiestas con que ha de conmemorarse el descubrimiento de América, Alonso Sánchez, de Huelva, dando asimismo una ojeada retrospectiva, siquiera sea tan concisa y tan rápida como ésta, á la historia marítima del país que tuvo la suerte de verle nacer, enclavado á esta tierra de España, de marinos esclarecidos de todos los tiempos; héroes de igual manera en nuestras costas que en los mares del Océano; en Lepanto, que en las islas Terceras; en Trafalgar, que en el Callao; llevando á todos los países del mundo lo mismo la civilización y el progreso moderno y los productos del comercio y la industria española, que la virilidad y empuje de nuestra raza, siempre la misma.

Somos nosotros de los que estiman que ni se han extinguido en España los héroes, ni se ha rebajado el nivel intelectual de los jefes que han de conducirlos á la victoria, de igual modo, en cualquiera de los hermosos acorazados con que hoy cuenta nuestra marina de guerra, que al frente de los brillantes batallones de nuestro ejército, si, como en todas épocas valientes, mejor instruidos y más disciplinados que nunca.

Quede sin menoscabo de la gloria legítima de Colón, unido á ella como lo están los nombres de Isabel la Católica, de los PP. Marchena y Juan Pérez, del físico Garci Fernández, de Alonso Martín Pinzón, y de otros marinos de Huelva (cuyos retratos se conservan en los claustros de San Francisco, en Méjico), el de Alonso Sánchez.

P. SAÑUDO AUTRÁN.

26 de Diciembre de 1891.

ESTRENOS

Teatro de la Princesa: Thermidor.—Drama en cuatro actos y en prosa, original de Victoriano Sardou, traducido por Cefirino Palencia.

Días atrás, *El Liberal*, en su sección de «Casos y cosas», ponía en boca de un Calínez, un Gedeón ó un Piave, que yo no sé quién de estas personificaciones de la majadería pudiera ser, la siguiente pregunta:

—¿Quién hace de Thermidor en el teatro de la Princesa? ¿Vico, ó la Tubau?

¿Creerán ustedes que si no en esta forma, en modo parecido, me ha preguntado un individuo barnizado de caballero merced á la tijera del sastre Alcaide,—y valga la figura—quién es Thermidor?

Pensaba sin duda aquel *caballero*, suponiéndole el don de pensar, que Thermidor era algún personaje de la Revolución francesa, y le extrañaba mucho que no apareciese en escena.

Es decir, que como aquel paleta del cuento, no había visto salir el argumento.

Tuve que decirle el por qué del nombre de la obra de Sardou, y, aunque los lectores de este ilustrado periódico demasiado conocen su origen, permítanme que, para referir el argumento del drama—cuya traducción en español se estrenó el 5 del actual,—reproduzca lo que manifesté á aquel individuo.

Una de las reformas que la reacción puso más empeño en destruir, fué la del calendario.

Romme y Fabre de Englatine, fueron los reformadores.

Romme, á tal objeto, decía: «El 21 de Septiembre de 1792, la Convención nacional pronunció la abolición de la Monarquía; este día fué el último

de tal institución; debe pues, ser el último de la Era vulgar y del año. El 22 de Septiembre se decretó el primer día de la República, y en ese mismo día el sol llegaba al verdadero equinoccio de otoño.

»De esta suerte, la igualdad de los días y de las noches era señalada por el cielo, en el momento mismo en que la igualdad civil y moral era proclamada en la tierra por los representantes del pueblo francés.»

Fabre daba á cada uno de los meses un nombre en consonancia con la marcha de la Naturaleza durante el año. Para el otoño, *vendimiario, brumario y primario*; para el invierno, *nevoso, pluvioso y ventoso*; para la primavera, *germinal, floreal y prairal*; para el verano *messidor, thermidor y fructidor*.

Trece años rigió ese calendario en Francia, hasta que la reacción católica, triunfante con el emperador, restituyó el antiguo calendario.

Ya saben, pues, los Calínez y Gedeones por qué ni Antonio Vico ni María Tubau podían hacer de Thermidor.

Y, dicho esto, narremos á grandes rasgos el argumento y ejecución de la citada obra; y digo á grandes rasgos, porque otros originales que se han de publicar en este número, me impiden ser más extenso.

LA OBRA

Al levantarse el telón, entran en escena Carlos Labussière, cómico de profesión y escribiente en el Comité de Salvación pública, y Lupín, su criado.

Se hallan los dos pescando (y ya veremos de qué clase de pesca se trata) y aparece en escena un pescador, patriota, muy bien representado por Federico Gosálvez Estorba este personaje, y merced á una indicación de Lupín, se retira modestamente por la izquierda.

A poco rato se presenta Marcial Hugón, comandante de artillería.

Entre Labussière y Marcial hay una serie de confidencias, por las cuales venimos en conocimiento de que el militar adora á una joven llamada Fabiana Lecoulteux, de quien no tiene noticias. Carlos cuenta á su amigo los horrores del Terror, y aunque el diálogo es primoroso, bien claramente se ve al sectario mejor que al poeta.

A poco vienen las lavanderas (pues la escena ocurre en las márgenes del Sena), y pasando por cerca de ellas Fabiana, aquéllas, como unas furias, persiguen á la pobre muchacha, que se encuentra con Marcial, y después de varios dimes y diretes, apóstrofes y amenazas, llega Pourvoyeur, agente policiaco, y Labussière salva á los amantes, mostrando una cédula que nadie lee, que el público ignora lo que es, y que á pesar de tal desconocimiento, hace que las lavanderas se conviertan en manso rebaño y saluden cortés y democráticamente á aquellos sospechosos.

Este acto está muy bien hablado. Tiene pensamientos de primer orden, frases felicísimas, y revela la mano maestra de Sardou, siquiera tenga algunos defectillos como aquello de «lavanderas de ropa sucia», que en castellano no resulta, ni sabíamos que las lavanderas lo fuesen solo de ropa limpia.

El acto segundo se sucede en casa del sastre de teatros y lampistero Berillón; personaje éste tan parecido al San Martín de «La Marsellesa», como una castaña á otra castaña. Berillón es un terrorista á fuerza de miedo.

Labussière conduce á dicha casa á Fabiana y Marcial. Refiere Fabiana que días antes había ido á buscar protección, en vista de lo precario de su estado, á casa de una antigua criada, cuyo marido, ex palafrenero, era miembro importante de la Convención. Cuando se presentó allí Herón,—que una cosa así parece que le llamaban—estaba ébrio y la acusó de tentativa de asesinato.

Para despistar á los perseguidores que por tal motivo tiene Fabiana, la cambian de traje.

Antes de esto hemos sabido que Labussière es empleado del Comité de Salvación pública, y la pesca solo tenía por objeto arrojar al río las pruebas de acusación existentes en varios procesos, para salvar así á muchos infelices.

Conviene Labussière y Marcial en que éste se marche con Fabiana y se casen en Bruselas, pero Marcial duda del cariño de Fabiana.

Después hay una escena de primer orden entre dichos amantes. Ella manifiesta á Marcial que ha hecho votos religiosos, y esto la impide casarse con él.

Marcial apela á mil recursos, y por fin la convence.

Fabiana pregunta á su amante si se condenará por amarle y ser su esposa; él—es natural—dice que no.

—¿Me perdonará Dios?—dice Fabiana.

—Sí—responde Marcial.

—¿Juramelo.

—Lo juro.

—Y que me perdone ó no, qué me importa, si te adoro con toda mi alma?

Sale Marcial para participar á Labussière que Fabiana consiente al fin ser su esposa. En su ausencia, el Comité, que no ha perdido la pista de aquélla, va á buscarla, y la encuentra.

Entra la policía, y durante esta escena, que es

de una animación muy grande y de asombrosa verdad, oyesse que el pueblo canta el *Ca ira*, mientras unas religiosas ursulinas, que son conducidas á la guillotina, entonan un cántico religioso.

Esta diferencia entre la música dulce y fervorosa que entonan las vírgenes que van al suplicio, y los roncacos acentos de las fieras que buscan nuevas víctimas, es de gran efecto.

Los terroristas prenden á Fabiana, quien marcha resuelta confesando que es religiosa.

Este acto es el mejor de la obra. La escena de los dos amantes es tan maravillosa, que es de lo mejor que puede verse en obras dramáticas.

El acto tercero pasa en las oficinas del Comité de Salvación pública.

Labussière se halla en su puesto cuando entra Marcial, que viene á contarle que Fabiana consiente en casarse.

En aquellos momentos el Comité se dirige á la Convención, en donde Robespierre discute con Tallien y otros miembros importantes del Comité.

Mientras esto ocurre en la Convención, varias personas van al despacho en donde se desarrolla la escena de este acto, y cuentan lo que está pasando.

El Terror agoniza; pero en aquellos instantes entra el criado de Labussière, ó sea Lupín, y avisa que han preso á Fabiana. El canciller del Tribunal, Marteau, entrega documentos que urge despachar. Son los de la acusación de Fabiana. Labussière quiere salvarla, pero no encuentra medio, ya que el Comité ha notado la desaparición de varios documentos, y se le tacha por su *imbecilidad*.

No queda otro remedio que buscar una mujer que lleve un nombre igual ó parecido al de Fabiana. Labussière se pierde en un mar de dudas buscando la manera de salvar á la mujer que adora su amigo.

Esta escena es, después de la referida del acto anterior, lo más hermoso de la obra.

Acaba el acto con la noticia de la caída de Robespierre.

Este tercer acto, y aparte de lo que acabamos de decir, es indudablemente inferior á los dos primeros.

En el patio de la Conserjería se desarrolla el acto cuarto.

Labussière y Marcial vienen á asegurarse de que Fabiana no irá á la guillotina, como ellos presumen, ya que, durante la algazara que se produjo en la sala del Comité, han hecho desaparecer los papeles que podían comprometerla. Pero ven que, por desgracia, el tribunal funciona aún, y que van á ser guillotinado varios presos todavía.

Labussière se acerca al *greffier* y ve que, efectivamente, entre la lista figura Fabiana. Marcial se desespera, procurando Labussière conseguir que, al ser llamada aquélla, diga el *greffier* que se suspende la ejecución de Fabiana por orden superior.

Fabiana, con paso sereno, se presenta; Marcial la desata y procura que firme un documento en el cual consigna que está en cinta; pero ella quiere leer el escrito, y niégase á firmar, diciendo que no quiere faltar á la fe jurada, y prefiere morir como una mártir en la guillotina.

La multitud la insulta; Marcial procura hacer creer que es su amante; pero ella, ante esta idea, se indigna y jura por la *fe divina*, que es, ha sido y quiere ser esposa del Señor.

Atanla nuevamente, y sube las escaleras que la separan de la calle, despidiéndose de Marcial y de Carlos.

Marcial, loco, exasperado, insulta á los guardias, y el teniente de los gendarmes le dispara un tiro que le produce la muerte.

Y con una imprecación de Labussière, se concluye la obra.

Hé aquí como termina el drama:

FABIANA. Adiós, y que Él os perdone cuanto habéis hecho por mí y cuanto haréis todavía por ese desventurado. ¡Oh! ¡Marcial! ¡Marcial! ¡Adiós!

MARCIAL. ¡Bandidos! El pueblo me ayudará á arrancarla de vuestras manos.

LABUSSIÈRE. ¡Buscas tu muerte.

MARCIAL. ¡Sí, es lo único que ambiciono!

MARCIAL. ¡Atrás, verdugos! ¡Plaza! ¡Plaza!

MARCIAL. ¡Dejadme salir!

TENIENTE. ¡Detened á ese loco! ¡Detenedle!

MARCIAL. ¡Atrás, asesinos, atrás!

TENIENTE. ¡Ah, traidor! ¿nos insultas? (*Dispara una pistola.*)

MARCIAL. (*Cayendo.*) ¡Asesinos!

LABUSSIÈRE. ¡Ah! ¡Marcial! ¡Marcial! ¡Socorro!

MARCIAL. ¡Ayudadme! ¡Socorro!

MARCIAL. ¡Fabiana!

LABUSSIÈRE. ¡Infames! ¡Le han muerto! ¡Ah, verdugos. Haberos arrancado tantos infelices, y cuando la República triunfa por la piedad, no conseguir salvar á estos dos!...

No tenemos tiempo ni espacio para juzgar dicha producción. Quizás otro día lo hagamos con el debido detenimiento.



E. Cano.

CRISTÓBAL COLÓN EN EL CONVENTO DE LA RABIDA

(Del Museo del Prado.)

© Biblioteca Nacional de España



Carlos E. de Ribera.

FOTOG. J. LAURENT Y C.[®]

LA MADRE DE MISERICORDIA CON SU DIVINO HIJO
(Pintura de la Capilla de las Mercedes en la Iglesia de San Francisco el Grande en Madrid.)

LA EJECUCIÓN

Sentimos mucho no poder hablar extensamente de la interpretación de la obra.

Si diremos que María Tubau está en su papel de Fabiana á una altura incomparable. Su escena del segundo acto con Marcial, resulta bordada.

No hemos visto á Mlle. Bartet, creadora del personaje, pero aseguramos que no puede estar mejor que María.

Antonio Vico ha hecho una creación en su papel de Carlos. Triunfos grandes ha obtenido en su larga carrera artística, pero como el que acaba de recibir en *Thermidor*, ni más entusiastas ni más merecidos.

María Tubau y él se han excedido á sí mismos. Es su mayor y más justo elogio.

Pero bueno sería que Vico no se durmiera en los laureles... Ya sabe él por qué lo digo.

Antonio Perrín, en su papel de Marcial, está bien, pero muy bien. Mas es preciso que se cure de algunos defectos. Yo le quiero, sin hablarle, más que muchos que le adulan. Porque vale, porque será uno de nuestros mejores actores, y porque es deber mío decirlo, me permito aconsejarle que no mueva tanto la cabeza ni juegue tanto con el pañuelo, y mucho menos meterle y sacarle tan continuamente en los bolsillos... ¡y en el sitio que están los bolsillos!

Hay que parar un poco en escena; tanto moverse de un lado á otro, marca. Y como Antonio estudia, tiene un buen maestro y hace caso de los consejos desinteresados, cuidará de corregir esos pequeños defectos.

Y entretanto, mi aplauso más sincero, porque tuvo momentos inspiradísimos.

Y estos son los personajes principales. Los demás nada valen ni significan.

La Sra. Alvarez, y Rosario Pino, están muy bien en sus cortos papeles de lavanderas.

También son dignas de mención Matilde y Consuelo Badillo, y la Srta. Blanco.

De los hombres, podemos citar como merecedores de aplauso á los Sres. Manso, Osuna, Peña (ya he citado á Gosálvez), Palacios, Quesada, Vázquez, Cabezas, Arana y Sánchez Calvo.

Creo, no obstante, conveniente recordar á Gerardo Peña que no abuse tanto de las eses, á Palacios que no ahueque la voz, á Sánchez Calvo que no incline la cabeza como acostumbra, y á Natividad Blanco que no se ponga tan triste.

Las decoraciones de Muriel, bonitas; el vestuario, en carácter y de época. La traducción de Palencia, ó de Pedro Gil, que viene á ser lo mismo, muy bien hecha.

Con todo, la obra creo que no dará las entradas que supone la empresa, y que yo la deseo.

¡Y pensar que *Paris fin de siglo*, ese mal sainete arreglado por Pina, ha dado treinta y tres representaciones!..

CARLOS DÍAZ VALERO.

5 Febrero, 1892.

AFANES ETERNOS (1)

INTRODUCCIÓN

Pobre gota de rocío
que se pierde entre las aguas
del Oceano rugiente
al despertar la mañana,
el alma al cruzar el mundo
siente esas penas extrañas
de la pequeñez inmensa
que en la inmensidad se lanza.
Y como todo á su origen
torna, y donde empieza acaba,
y el espíritu es eterno
y no es la tierra su patria,
tal vez á elevarse tiende
á otras regiones más altas,
en este mundo sintiendo
de otro mundo las nostalgias.
Pero el espíritu siempre
tras lo imposible batalla,
y aunque la fe lo reanima
y lo alienta la esperanza,
sus deseos infinitos,
sus inmateriales ansias
encuentran dique de hierro
en la realidad bastarda.
Y caen las ilusiones
como del árbol las ramas,
tronchadas por huracanes
que las tuercen y separan;
y brotan del fondo mismo,
del mismo fondo del alma,
mudos sollozos que suben

á morir en la garganta,
olas de pena infinita
como las del mar amargas,
y tristes como el silencio
de las tumbas solitarias.
Y es que como todo torna
á su origen, y allí acaba,
y el espíritu es eterno
y no es la tierra su patria,
siente al cruzar por el mundo
esas tristezas extrañas
de la pequeñez inmensa
que en la inmensidad se lanza.

JOSÉ DURBAN OROZCO.

EL PALACIO DE LOS FANTASMAS

De las altísimas murallas que en otro tiempo rodearon la mansión señorial, no quedaban más que los cimientos; la mole que resistió los golpes del ariete, fué derrumbándose bajo la influencia de los años, las piedras al caer fueron cegando el foso, y el palacio de X. perdió su carácter de fortaleza, quedándose reducido á vetusto caserón cercado de ruinas. Hacía algunos meses que sobre él se contaban en el pueblo historias á cual más terroríficas; las mujeres santiguábanse con devoción siempre que oían hablar del palacio, y los hombres, ni aun los que gozaban merecida fama de valientes, hubiéranse atrevido á pasar una noche en el viejo caserón por todo el oro de la tierra.

Si alguien les preguntaba cuál era el origen de aquel espanto, respondían con sequedad:

—Los fantasmas se han hecho dueños del palacio, y, ¡ay del que se atreva á acercarse á él!

Sin embargo, hasta entonces no había que lamentar en X. la menor desgracia causada por los fantasmas.

**

Una mañana llegó al pueblo un batallón de infantería, que procedente de Córdoba trasladaba su residencia á Jaén. El comandante pidió alojamiento para su tropa, y al presentarse el alcalde con las boletas, le dijo:

—Señor comandante, el pueblo es muy pequeño, y en él es difícil encontrar comodidades; en cada casa tendré que colocar lo menos veinte soldados; en cuanto á Ud. y á los señores oficiales, me es imposible facilitarles alojamiento con arreglo á su clase.

—Extraño mucho esa contestación. Desde aquí veo un edificio en el que con comodidad pueden alojarse tres compañías—repuso el jefe señalando el palacio.

—¡Ave María Purísima! ¡Imposible!—añadió el alcalde haciendo la señal de la cruz.

—¡No sé por qué razón!

—En el palacio viven los fantasmas. ¡Ay del que entre en él!

—¡Hola! ¿Conque hay fantasmas en el pueblo? No me disgustaría tener un encuentro con ellos... Que se aloje la tropa; á nosotros nos basta con que el señor alcalde nos ceda la sala capitular.

—No hay inconveniente.

—Tampoco le tendrá Ud. en acompañarnos á la mesa.

—Ninguno.

—Pues á las doce le esperamos á Ud.

**

Los asistentes hicieron prodigios de habilidad, para reunir el servicio necesario para veinte cubiertos; así es, que cuando los comensales ocuparon sus puestos, si la mesa no estaba servida con lujo, había en ella todo lo necesario.

A los postres, el comandante, dirigiéndose á la autoridad local, la dijo:

—Señor alcalde, comprenderá Ud. que todos deseamos saber si los fantasmas que en el año de gracia de 1826 existen en este pueblo, son de la misma índole que los que á fines del pasado siglo se paseaban por la vega de Granada, y á los cuales les di un disgusto; porque si son semejantes, le prometo á Ud. dejar libre al pueblo de ellos.

—Ignoro cómo serían los fantasmas de Granada, pero los que viven en el palacio son de la peor clase que existe.

Todas las noches, después del toque de cubre fuegos, empiezan á verse luces en el palacio; después se oye ruido de cadenas, ayes lastimeros que parecen de ser humano, y, por último, chasquidos semejantes al que produciría la trituración de un osario....

—¿Y qué más?

—No lo sé; porque no hay en el pueblo quien se atreva á salir de casa. Ni los pastores quieren quedarse en los rediles inmediatos al palacio.

—Pues yo me atrevo á asegurar que esta noche los fantasmas no molestan á nadie.

—No lo crea Ud.; yo estoy seguro que harán lo que todas las noches.

—Me alegro; así esta noche tendré el gusto de hablar con ellos.

—¿Qué piensa Ud. hacer?—agregó el alcalde aterrizado.

—Poca cosa; irme á dormir al palacio,—repuso el jefe con tranquilidad.

—Mi comandante, nosotros le acompañaremos,—añadieron los oficiales.

—De ningún modo; quiero estar solo.

—¡Eso es una locura!—objetó el alcalde con terrorífica entonación.

—Que estoy dispuesto á hacer. Patricio, si tienes miedo, hazte acompañar por la escuadra de gastadores; pero ahora mismo te vas al palacio y en el salón más grande que encuentres me arreglas una cama; colócame mis pistolas debajo de las almohadas, y no te olvides de prepararme la linterna de campaña—dijo el comandante á su asistente, y añadió:

—Veremos si hay fantasma que resista en el cuerpo una onza de plomo. Afortunadamente tengo buena puntería, y espero que esta noche no me temblará el pulso.

Cuantos esfuerzos hizo el alcalde para que el militar desistiese de su propósito, fueron inútiles; la decisión del veterano era irrevocable.

**

Llegó la noche, tranquila y apacible, como suelen serlo las de primavera. Después de cenar, el comandante dirigióse solo al palacio. Con la ayuda de la linterna, púsose á registrar el vetusto caserón; el polvo cubría por completo el pavimento, y en las paredes veíanse nidos de golondrinas.

—Se conoce que los fantasmas son poco amigos de comodidades, cuando tienen el palacio tan abandonado; no hay en él ni una mala silla donde sentarse.

Continuó su examen, y poco después hallóse un mal catre de tijera; era el lecho que le había preparado el asistente; debajo de la almohada estaban las pistolas.

El veterano comenzó á desnudarse, y poco después se metió en el lecho. Antes que pudiera conciliar el sueño, comenzó á oír ruido de cadenas; poco después, el resplandor de una luz dispó en parte las tinieblas de la estancia; el comandante, apoderándose de las pistolas, se sentó en el lecho, resuelto á esperar la llegada de los fantasmas. No tuvo que esperar mucho; segundos después, aparecía en el salón una figura alta cubierta con un ropaje blanco, bajo el cual debía ocultarse más de una luz.

El comandante, después de encender su linterna, amartillando una de las pistolas, dijo:

—Es inútil que trates de aterrorizarme; conque así, despójate de tus vestiduras y dime qué razones te obligan á vestirme de ese modo exponiéndote á un disgusto.

Por toda contestación, el fantasma siguió avanzando pausadamente.

—Te he dicho que te quites los chismes de asustar á los tontos.... ¿No me haces caso?... pues toma. El comandante hizo fuego; el fantasma siguió avanzando. El militar amartilló la segunda pistola, pero antes de que tuviese tiempo de hacer otro disparo, el fantasma le arrojó un proyectil sobre el lecho; era una bala exactamente igual á la que debía haber salido del cañón de su pistola. No por esto se atemorizó el veterano, y extendiendo el brazo, dijo:

—Antes erré el tiro, ahora afinaré más la puntería; y volvió á hacer fuego. El fantasma le devolvió un segundo proyectil. Pálido, desencajado, con ese terror que infunde el peligro desconocido, el comandante se arrojó del lecho; resuelto á vender cara su existencia, apoderóse del sable y se lanza sobre el fantasma. Antes de que tuviese tiempo de descargar el primer golpe, le vió caer á sus plantas exclamando:

—¡Por Dios, no me mate Ud.! Soy un infeliz que ama y se vale de este medio para acercarse al ser querido.

—Insensato, merecías que te atravesara sin compasión. Vaya, abajo esa capucha; quiero verte el semblante.

El fantasma obedeció; era el alcalde.

El comandante, después de contemplarle algunos momentos, repuso:

—Merecía Ud. que le matase sin compasión. ¡Vaya una manera de velar por la tranquilidad de sus administrados!; pero me ha dicho Ud. que ama, y esto le disculpa. Ahora necesito saber quién es ella.

—La hija del albéitar.

—¿Usted ó ella son casados?

—No, señor; ella es soltera y yo viudo; pero ¡ay! el albéitar no me puede ver en pintura.

—Eso es lo de menos; ó se casan ustedes ó antes de una hora sabe todo el pueblo lo sucedido.

—Es inútil, mi comandante—añadió un capitán presentándose á la cabeza de sus compañeros.

—¿Quién les ha llamado á ustedes?

Los pistoletazos.... En resumen: el alcalde se casó, y los fantasmas no volvieron á presentarse más en el palacio de X. ni en toda la comarca.

M. CORRAL CABALLÉ.

(1) Del libro próximo á publicarse con este título.



VISTA DE HUELVA CON EL MUELLE DE EMBARQUE DE LA COMPAÑÍA DE LAS MINAS DE RIOTINTO

FOTOG. J. LAURENT Y C.[®]



Los teatros han absorbido durante una semana toda la atención de París, desfilando por sus escenas la plana mayor de los autores. De la pantomima al drama, del *vaudeville* á la tragedia; ésta ha sido nuestra vida. Festejos que han tenido su parte de funerales, como en *La Mentuse*, de Daudet; pero también su aspecto triunfal, como en *Par le glaive*, de Richepín. Obra de filósofo y poeta, concebida en forma dramática, más bien que obra de

teatro, á pesar de la incontestable belleza de algunos cuadros y la maestría manifestada en determinadas escenas. Un poema de pasión y un poema social, completamente imaginarios, que no han tomado de la historia más que lo pintoresco y de la vida lo sobrehumano; una variación de la idea de *Patrie*, desarrollada en el ambiente de la *Haine*: esto es la obra de Richepín.

Sin duda alguna que en forma de libro no hubiese desmerecido los aplausos de la crítica; pero es que el teatro atrae, hipnotiza, embriaga á los sedientos de gloria; y no hay nada como la escena para llegar de un golpe á la fama y á la opulencia. Daudet lo decía la otra noche: «Acaso no vuelva á escribir más novelas. Un libro me cuesta un año de trabajo y me produce unos 100.000 francos; un drama se hace en tres meses y da el doble, con solo un éxito mediano.»

El teatro llama al escritor con las vibraciones atractivas del *gong* japonés, lanzando de improviso un nombre á los cuatro vientos, con estruendo formidable. Tener pendientes de la obra los 1.500 espectadores que contiene la casa de Molière, bajo el techo pintado por Mazerolles; contemplar desde las butacas al paraíso, pasando por los palcos—donde se encierran como en estuches las femeninas grandezas del mundo parisiense—atentos, emocionados, palpitantes, tres mil ojos fijos en el héroe de vuestra obra, que es hijo vuestro; tres mil oídos pendientes de cada frase; ver y oír la admiración general traducida en palpables gritos de entusiasmo y tempestades de aplausos... Tal es el sueño á que se entrega todas las noches el literato, después de madurar el asunto de su concepción, pronta á ser trasladada al tablado de la escena.

Pero si esta escena es la del Teatro Francés, el ansia se centuplica, en relación al esplendor del triunfo y á las dificultades del éxito. Porque para entrar por ese peristilo cubierto, de orden dórico, sosteniendo la fachada de orden corintio, hay que pasar por un finísimo tamiz donde suele atascarse más de un ingenio reconocido por de valer. La Comedia Francesa es más que un teatro, es una institución del Estado desde que se organizó con Luis XIV y se reglamentó con Napoleón I.

La *compañía*, que por excepción lleva este nombre, y no el de *troupe*, como es de uso, disfruta gratuitamente el edificio, goza de una renta de 100.000 francos, constituida por el Emperador, y de 240.000 con que anualmente le subvenciona la Hacienda francesa. Actores y actrices figuran en dos categorías: la de socios, que entran á partir beneficios, y la de simples pensionistas á sueldo fijo. Los actores socios eligen entre ellos una junta encargada de la dirección artística y económica, á cuya junta nombrale el Ministro de Bellas Artes algo así como un Presidente, bajo el título de Administrador general, que representa al Estado. En el expediente de esta junta, cuyo funcionamiento conocerán ustedes otro día, suelen fundirse las más risueñas quimeras, quedándose fuera de la columna más de un mendigo de gloria.

Richepín llamó repetidas veces á esa puerta, sin éxito inmediato, hasta que á fuerza de peregrinaciones purgóse de aquel pecado original de la *Chancon des Gueux*, que si le dió renombre en el arte, despertó al mismo tiempo las furias de los pudibundos. Pero el blasfemador es ya un burgués, un jefe de familia rodeado de sus hijos, en quienes adora. Es cosa de ver esa cabezota hirsuta de kábila africano, velar el sueño de su hija Sacha; entornarle las melopeas orientales que él mismo compone, y con las que la niña duerme; y mullirle las almohadas de la cuna, bajo su cabellera leonina, como la del padre. Lo más notable del carácter de Richepín que se refle-

ja en sus obras, es esa mezcla de furor y de ternura, que hace de su inteligencia una verdadera inteligencia de poeta sensible y vibrante ante todo. De naturaleza exuberante y activa, Richepín ha intentado ocuparse en cuanto oficio puede emplearse el hombre; y admirador de la fuerza al par que de la belleza, ha sido boxeador, marinero, actor, músico.... pero sobre todo poeta, como acredita su triunfo del lunes en la Comedia.

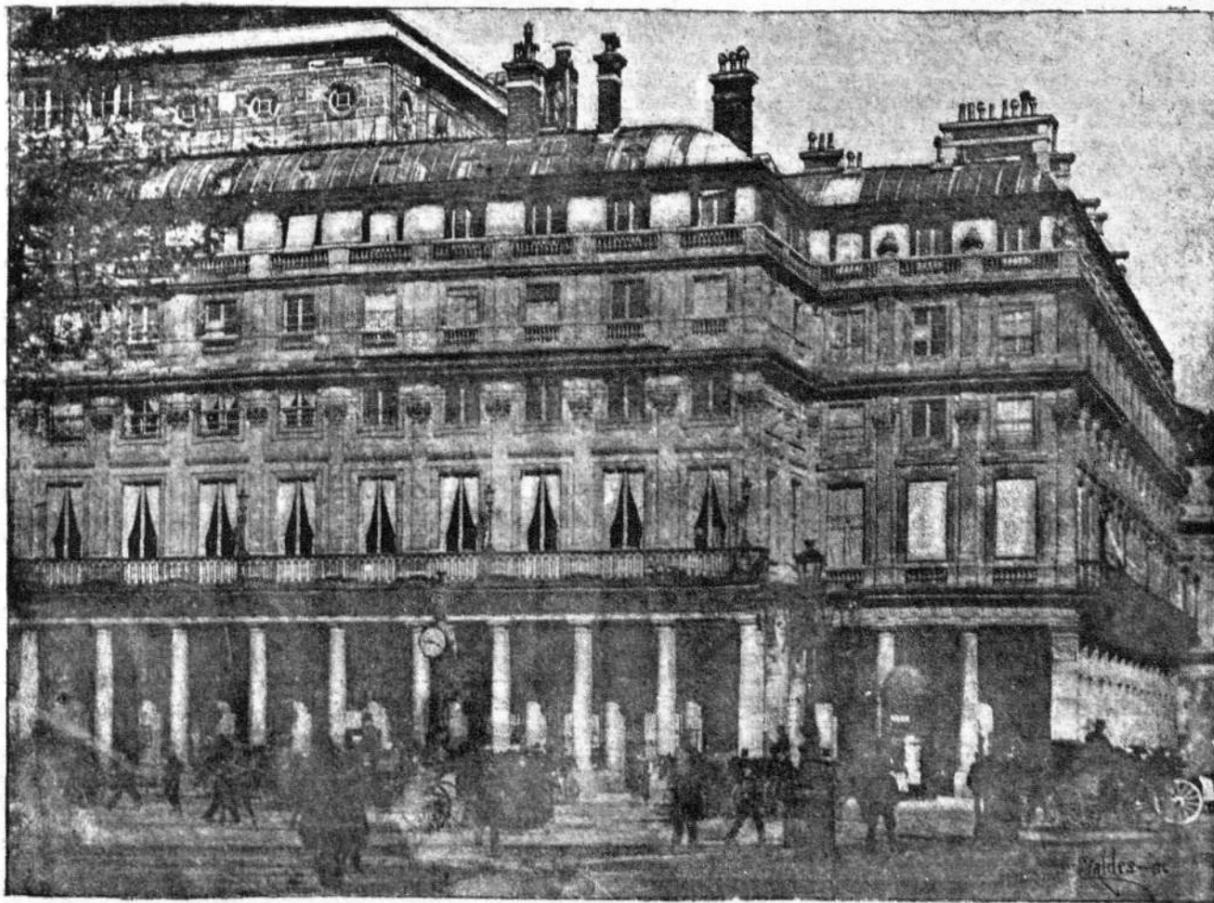
Triunfo compartido con Mounet Sully, digno intérprete del autor de *Par le glaive*.

Hay quien dice que Mounet es más griego ó romano que español, y más español que francés; lo cual demuestra un carácter aparte y peculiar entre la masa de artistas parisienses. La nobleza de su fisonomía, el timbre de su voz voluminosa, la dignidad del gesto, le hacen irremplazable en la tragedia clásica y el alto drama que, para bien del arte, aún se cultivan en la escena francesa. Sus maneras antójanse exageradas en ciertos momentos, á causa de la soledad en que aparece en medio de un cuadro de actores que no pueden seguirle ni en diapasón ni en arranques. Pero apagadas esas ráfagas, manifiéstase el artista inspirado, concienzudo, que se da por entero sin restricciones, tan poseído de su papel que en ocasiones se hace intolerable á sus compañeros, á quienes sermonea como si fuese *Hamlet*, ó martiriza como *Nerón*. Por fortuna, de vez en cuando tiene que calmar sus furores llorando como *Edipo* ó predicando la concordia, la fraternidad y el amor, como *Strada* de *Par le glaive*. No hace mucho, díjose que alucinado por la monomanía de grandezas, tendría que dejar el teatro. Por fortuna, la especie no se confirmó, y Mounet será un extravagante más ó menos, pero no un demente. Después de todo, muchos en el mundo vienen y van peor que él, sin que se les acuse de perder el juicio. Unas veces es el capricho, otras la soberbia, algunas la coquetería quien produce las originalidades, como la que actualmente coméntase aquí por todas partes. Madame Gastón M..., hija política del gran fabricante de chocolates cuyos anuncios tapizan todas las esquinas de París y llenan la cuarta plana de todos los periódicos, falleció hace tres días, joven y hermosa. Conservando



JUAN RICHEPÍN

Nació en Medeah (Argelia) en 1849



VISTA DEL TEATRO FRANCÉS.—Inaugurado, 1790.—Restaurado, 1879.



MOUNET SULLY
Nació en Bergerac en 27 Febrero 1841

libre su inteligencia hasta los últimos momentos, pidió y obtuvo la satisfacción de un capricho propio de una burguesa endiosada. Mandó traer sus mejores joyas, y en la *toilette* suprema de la muerte adornóse el peinado con diadema y el pecho con collares, y las orejas y las muñecas y los dedos, con las más brillantes y ricas pedrerías. Así tocada, y tendida

en su lecho de moribunda, ordenó que desfilase toda la servidumbre, lanzando el postrer suspiro rodeada de sus veinte criados, en el lujoso dormitorio Luis XV, de su soberbio hotel del parque Monceau.

L. ARZUBIALDE.

París 11 de Febrero.

LO QUE HAY EN UNA GOTTA DE AGUA

¡Qué cosas tan admirables existen en las cosas más insignificantes de la Naturaleza!

¿Quién diría que en una gota de agua se encierra un mundo de animales, vegetales y minerales de las más diversas especies?

Tomemos una gota de ese charco fétido residuo de las corrientes de agua sucia del arroyo de la calle, y el cual ofende de tal modo el olfato que no hay transeunte que al pasar junto á él no se tape las narices y apriete el paso, temeroso de infestarse.

En el Universo no hay cosa alguna inútil, al menos como enseñanza; si fuéramos capaces de considerar los diversos aspectos de las cosas, á veces encontraríamos extrañas compensaciones en los más siniestros acontecimientos.

Ved, si no, esta gota de agua mal oliente; ella nos va á servir para demostrar que los restos de los seres á que dieron vida, no permanecen ociosos mucho tiempo.

Una existencia extinguida, es un puesto vacante, un impulso dado en el telar del tiempo, donde al pasar una malla otra se dispone á seguirla.

El mundo á que pienso dirigiros, aunque positivo y real, parece más bien hijo de la imaginación y de la fantasía.

En el disco del microscopio, donde los personajes de estos dramas aparecen á nuestros ojos, desfilan y se revuelven con desesperación monstruosas serpientes; animalucos semejantes á las anguilas, se mueven con agilidad febril en esa gota, océano que les sirve de patria; van persiguiendo á seres casi esféricos que cuesta trabajo distinguir, como otros tantos puntos negros que giran rápidamente, y á los cuales es difícil de analizar, pues no se les ve órganos de movimiento alguno; todos ellos, verdugos y víctimas, cazadores y cazados, parecen estar furiosos; se persiguen, se devoran, y se digieren con tanta prontitud, que no siempre se puede distinguir quién es el que come y quién es el comido.

No me sorprende que os aturdáis mirando ese remolino fascinador, ese hervidero de seres animados; pero hay que acostumbrarse y mantenerse firmes sin separar la vista del campo del microscopio.

¿Véis esos puntitos negros de que antes hablabais?... Pues bien, son animales, ¡qué digo! son aún más que animales.

¿Son dioses acaso? preguntaréis estupefactos. No por cierto; pero cada uno de esos puntitos,

en vez de un animaluco, están formados por multitud de ellos, son verdaderas sociedades naturales, una aglomeración de carnes y esqueletos, un gigantesco pólipo ambulante.

Ciertos naturalistas muy dados á las hipótesis han creído que para explicar estos puntitos negros, bastaba clasificarlos en el reino vegetal; ¡como si semejante fenómeno dejara por este hecho de ser menos extraño!

¡Ah! si el microscopio tuviera una fuerza cuádruple de aumento, veríais entonces que ese movimiento tan raro de los puntitos, lo producen una especie de pelos vibrátiles que son otras tantas patas, por no decir aletas, de las cuales se sirve el animal con mucha destreza.

Es imposible calcular el número de los *peces* invisibles que recorren el inmenso mar de esa gota de agua; sí, en ese infinitamente pequeño, hay espacio bastante para simular las fuerzas vivas del planeta; en tan pequeña gotita hay ochocientas veces más habitantes que existen en las cinco partes del mundo.

Tan grande es la multitud de seres vivos en tan reducida masa, que bien puede decirse que con el pensamiento llegamos hasta la *inmaterialidad* de la materia.

Y esto ha existido millares de siglos antes que el hombre; bastan un rayo de sol ó un poco de calor, para que surjan multitud de animalillos extraños, cuyas costumbres nos son desconocidas, y de los cuales la mayor parte no tienen nombre todavía.

¿De dónde provienen esos seres?

¿Acaso de los gérmenes de la atmósfera?

¿Es que la materia se organiza por sí misma?

El microscopio es impotente para resolver, ni aun sospechar siquiera, tan intrincado problema.

¿Qué pesará el germen de ese ser que, cuando alcanza su más grande desarrollo, pesa muchísimo menos que la millonésima de una millonésima parte de un gramo?

Por el estío del año de gracia de 1698, el célebre Leuwenhœk, uno de los padres de la micrografía, descubrió en las aguas estancadas de Holanda el mundo desconocido de los habitantes de los pantanos; él fué el primer hombre que, Cristóbal Colón del mundo invisible, contempló lleno de asombro unos globulillos transparentes, que tenían la facultad de girar sobre sí mismos sin causa conocida.

En vano les interrogó y les observó inútilmente para descubrir el secreto de su movilidad.

—*Me muevo porque sí*; esto fué todo lo que pudo arrancarles.

Más tarde se descubrió que aquellos globuli-

llos transparentes eran otros tantos organismos, y que, como tales, poseían la facultad del movimiento.

De este modo se ha llegado á precisar, como límite de la humana ciencia, que en lo infinitamente pequeño existen seres de compleja organización que nacen, viven y mueren lo mismo que nosotros.

¿Piensan, sienten y tienen voluntad también como nosotros mismos?

¿Qué destino es el suyo?

Al llegar aquí, encontramos en blanco la paginación del libro de la ciencia, y dejamos al lector que fantasee por su cuenta todo lo que se le antoje.

Porque esas páginas no llegarán á escribirse nunca.

DOCTOR TORRECILLA.

NUESTRAS ILUSTRACIONES

Alegoría de la Paz, de Querol.—Que el Sr. Querol es un eminente artista á quien propios y extraños tienen como una de las más legítimas glorias de España, no hay persona de mediana cultura que lo ignore.

Su nombre figura justa y merecidamente entre el de los primeros y más reputados escultores contemporáneos; y no há menester, para confirmar tales títulos, de amañados concursos, de intrigas académicas ni de fallos que graciosamente se inclinan ante el favor y la influencia.

En el certamen de esculturas abierto para decorar el nuevo edificio que ha de servir de Bibliotecas y Museos, algo extraordinario y anormal ha debido ocurrir, cuando con tal ocasión pintores y escultores afamados han hecho públicas y solemnes protestas.

No es incumbencia nuestra, ni nos compete entrar á dirimir estas cuestiones; pero no por eso dejamos de lamentar tales hechos, que en vez de contribuir al fomento del arte y á estimular al mérito en su penosa carrera, redundan en detrimento y daño de respetables y doctas corporaciones.

La escultura en que el Sr. Querol ha simbolizado la Paz, estaba destinada al mencionado concurso, y por causas que nadie conoce, no llegó á ser admitida; teniendo el autor que volverse con su obra sin las explicaciones debidas, bien por cortesía ó ya por respeto á la convocatoria oficial.

Que la escultura la Paz es una obra maestra, digna de todo encarecimiento, juzguenlo por sí mismo los lectores, repasando detenidamente la fototipia que la reproduce.

¿Por qué no ha sido admitida á dicho certamen?

Eso es lo que nuestros lectores ni nosotros podemos apreciar tan claramente, porque los móviles personales y los individuales intentos no son por desgracia esculturas cuyas formas

puedan apreciarse con los ojos, sino líneas curvas y quebradas que á lo sumo puede sospechar la malicia.

Colón ante los frailes dominicos.—El cuadro referente á la accidentada historia de Cristóbal Colón que hoy insertamos, representa al inmortal marino en el convento de la Rábida, participando sus proyectos á los ilustrados y reverendos Padres dominicos.

No es una mera relación la que hace; con los mapas y globo de la tierra á la vista, demuestra reales geográficas y matemáticamente la realización de su empresa.

Siendo la tierra de figura esférica, y haciéndose por el Oriente el viaje á las Indias conocidas por aquel entonces, de igual modo podía emprenderse la excursión por el lado opuesto y arribar á las Indias occidentales, ignoradas y desconocidas de todos.

La lógica de sus razonamientos y sus vastos estudios llevaron la convicción á aquellos modestos y sencillos frailes que, sin pretensiones de sabios, poseían una cultura superior á los más reputados doctores de su tiempo.

Gracias á su ilustración, el audaz marino pudo ver, después de esta conferencia, que sus proyectos, si arriesgados, no iban á ser irrealizables en el reino de Castilla.

Nuestra Señora de la Misericordia.—Sabido es que, considerado en su aspecto general, el templo de San Francisco el Grande de esta corte se abre en anchura redonda con seis capillas laterales con la mayor en el centro.

En la segunda capilla del lado de la Epístola, que por sus composiciones murales ofrece un estilo de transición entre el arte antiguo y el moderno, el insigne pintor y erudito maestro D. Carlos Luis de Ribera ha producido una de sus más notables y preciadas obras, cual es la denominada *Nuestra Señora de la Misericordia*.

La idea que ha presidido á la concepción de esta pintura, es la del amor divino y caridad cristiana; pensamiento que el Sr. Ribera ha estampado con sublime inspiración, simbolizándole en la augusta Soberana de los cielos y en el Niño Jesús, quienes enseñando sus corazones á los hombres, les alientan á perseverar en el bien y en la práctica de las sublimes virtudes evangélicas.

Tanto el color como el dibujo de esta composición son dignos del asunto que representan, y acreditan en su autor arte y gusto exquisitos, tan poco frecuentes en los autores de pinturas sagradas.

Los ángeles del primer término parecen destacarse del lienzo, con tal relieve y sobriedad han sido ejecutados; los ropajes están bien estudiados y naturalmente dispuestos, como lo exige la severidad de tan santas figuras.

El conjunto de la composición ejerce en el ánimo de quien la contempla dulce é inefable emoción, y eleva el espíritu, de tal suerte impresionado, á las celestes regiones que nuestras almas sueñan en este valle de lágrimas.

Vista de Huelva.—En otro lugar de este número encontrarán nuestros lectores un detallado estudio, original del ilustrado escritor Sr. Sañudo Aufrán, referente á Huelva, y que explica suficientemente la vista fotográfica que de esta población y su puerto damos á nuestros lectores.

TEATROS

Podrán tener más ó menos efectos teatrales; pero lo que siempre resplandece en todas las obras del Sr. Sánchez Pérez es su estilo castizo, la dicción brillante, el diálogo, la palabra que seduce y hace que sus obras sean verdaderas filigranas.

La puente y el vado, comedia en tres actos, estrenada por

cas noches há en el teatro Español, no es un nuevo problema ni mucho menos. De cuándo en cuándo aparecen en la comedia pasiones pecaminosas, que siempre son vencidas por el buen sentido y los sentimientos nobles y levantados.

Donato Jiménez hizo verdaderos prodigios, y al final del segundo acto el público distinguido, que llenaba el teatro, hizo salir al autor entre grandes aplausos.

Y ahora pregunto á la empresa del Español: ¿Por qué retira del cartel *La puente y el vado* á la tercera representación, poniendo por pretexto la indisposición de la Sra. Guillen? En una obra nueva, que ha alcanzado un éxito brillante, esas indisposiciones son siempre perjudiciales, y cuando son verdad, se suplen, que elementos para ello hay en el teatro Español.

La misma noche se estrenó en Eslava un sainete original de los Sres. Sánchez Seña y Valverde (hijo), titulado *El paso de Judas*.

El libro tiene situaciones cómicas de mucho efecto, y alguna de bastante novedad, y los números de música, frescos y alegres, como todos los de Valverde, fueron repetidos, haciéndole salir al proscenio al terminar uno de ellos, por cierto muy bien interpretado por el Sr. Carrión.

La empresa del teatro Eslava está de enhorabuena. Todo Madrid irá á ver *El paso de Judas*, que se aplaudirá siempre en todas partes, y que está destinada á recorrer todos los teatros de España y alcanzar á centenares las representaciones.

De Apolo... más vale callar. La empresa de este teatro va de fiasco en fiasco.

¿Cómo ha de ser!

J. JUAN CADENAS

MANUEL MINUESA DE LOS RÍOS, IMPRESOR
Miguel Servet, 13.—Teléfono 651.

SASTRERÍA

No hay en todo Madrid quien pueda competir en precios de trajes, capas, gabanes é impermeables de caballero y niño con la de

Victor González, Carretas, 45.

Especialidad en la confección de pantalones de todas formas.

45, Carretas, 45 — MADRID

PASTILLAS BONALD

CLORO-BORO-SÓDICAS A LA COCAINA

Son el mejor medicamento que se conoce hasta hoy para la curación de las Enfermedades de la boca y de la garganta

Los médicos las recetan, y el público las busca y distingue de los plagios. Se venden al precio de **DOS pesetas** caja en la farmacia del autor, Gorguera, 17, y en todas las de España.

HISTORIA de la HUMANIDAD

Se sirve por cuadernos de á 50 céntimos de peseta y en tomos encuadernados.

ES DIGNA DE SER VISITADA la notable y original Exposición de *Plantas, Flores y Coronas*, de *G. Kuhn*, en seis salones de los pisos principales de *Cruz, 42*.

La fabricación de coronas de esta casa, dedicada en grande escala á las de carácter oficial, supera y aventaja con mucho á las que de París y Viena traen las Funerarias. La construcción en porcelana á la medida de nichos y coronas, es de indudable mérito y única en España.

EN PREPARACIÓN

La Casa editorial de la Sra. Viuda de Rodríguez publicará muy en breve la preciosa novela titulada

PÁGINAS DE SANGRE

HISTORIA DEL SALADERO

ilustrada con magníficas láminas tomadas de natural por F. Morales Sánchez, y precedida de un notable episodio histórico-criminal por Víctor Hugo, titulado *El último día de un rey de muerte*, traducido por uno de nuestros más afortunados juriscónsultos; con un estado alfabético de los 649 degrados que, sólo procedentes de las Carceles de Madrid, han subido al cadalso en lo que va de siglo — Oportunamente anunciaremos á nuestros lectores las condiciones editoriales de tan interesante obra.



Con este título se acaba de inaugurar un nuevo establecimiento que por su elegancia y completo surtido tiene que satisfacer los deseos del público que le favorezca.

Por lo tanto, en el expresado encontrarán nuestras elegantes toda clase de productos procedentes de las fabricas más acreditadas de Inglaterra, Francia, Alemania, etc. etc.

Para mayor comodidad de las personas que honren esta casa con sus pedidos, se advierte se llevan a domicilio, por pequeños que sean, y para provincias se embalan en condiciones especiales, a fin de que lleguen en perfecto estado á su destino.

NOTA.—Esta casa regala á todo comprador un frasco de esencia superior.

ALCALÁ, 45.—MADRID

Al que compre almanaque de pared o bolsillo, recomendamos pida los verdaderos ZARAGOZANO D. Mariano Castillo y Oesiero, por ser los más baratos y artísticos de cuantos se publican.

FABRICACIÓN DE ALMANAQUES DE TODAS FORMAS

De *El Firmamento*, calendario zaragozano por D. Mariano Castillo y Oesiero, hacemos cuantas ediciones reclama en el día la necesidad pública, por lo que tanto el comercio como el particular encontrarán en esta casa atendidos sus deseos.

Las ediciones á que nos referimos son las siguientes:

En forma de libro, las conocidas de primera, segunda y tercera, de las que vendemos un millón y doscientos setenta mil ejemplares.

De los que se titulan *Americanos ó de pared*, es tan grande

la variedad de ediciones y tantos los preciosos cromos en que se fijan, que resulta tarea poco menos que imposible enumerarlo todo. Se hace absolutamente necesario el muestrario á la vista para hacerse cargo de tanta preciosidad.

De lo que resulta que, tanto el comercio como el público, pueden hallarse perfectamente servidos tomando de esta casa sus almanaque, por ser en originales del celebrado D. Mariano Castillo y Oesiero y estar en los cromos á la altura de los más elegantes que se publican en Europa.—Administración: Plaza del Biombo, 2.

Acreditados específicos del Doctor Morales

PASTILLAS Y PÍLDORAS AZOADAS

Para la Tos y toda enfermedad del pecho: Tisis, Catarros, Bronquitis, Asma, etc. — A media y una peseta la caja.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL

Maravilloso para los dolores de cabeza, jaqueca, vahidos, epilepsia y demás nerviosos, á 3 y 5 pesetas caja.

PÍLDORAS LOURDES

Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, seguro y sin irritar, aunque se usen mucho tiempo. — A una peseta caja.

TÓNICO-GENITALES

Célebres píldoras del Dr. Morales para la cura segura y exenta de todo peligro de la impotencia, debilidad, espermatorrea y esterilidad. — Caja, 7,50 pesetas.

Van por correo estos específicos.—**Doctor MORALES, Carretas, 39, Madrid.**

De venta en las principales farmacias y droguerías de España, Ultramar y América del Sur.